

FRANK MOYA PONS

La sociedad
dominicana contemporánea:
nuevos rasgos estructurales

RD-F
301
M798s
FOLL
Ej.2

Santo Domingo, R. D.
1985

FRANK MOYA PONS

La sociedad
dominicana contemporánea:
nuevos rasgos estructurales

Santo Domingo, R. D.
1985

LA SOCIEDAD DOMINICANA CONTEMPORANEA: NUEVOS RASGOS ESTRUCTURALES

Por: Frank Moya Pons

Señoras y señores:

Vengo con mucho gusto a este Tercer Encuentro Anual de egresados de la Universidad APEC a conversar con ustedes acerca de la sociedad dominicana contemporánea y de sus nuevos rasgos estructurales. Como jóvenes graduados de una universidad de prestigio en la República Dominicana que han entrado en el mercado de trabajo en años recientes, ustedes son a la vez actores y testigos de los cambios sociales profundos que han venido produciéndose en el país en las últimas décadas hasta conformar una realidad enteramente diferente de la que tuvieron que enfrentar nuestros padres cuando terminaron sus estudios secundarios o superiores.

La República Dominicana de hoy es el resultado de transformaciones económicas y culturales acumuladas durante bastante tiempo, pero cuyas manifestaciones más significativas apenas se han evidenciado en años recientes debido al rápido aceleramiento de la modernización. Lo que voy a comunicarles esta noche ya he tenido la ocasión de exponérselo en privado a los miembros de la Junta Directiva de APEC en seminarios y reuniones de alto nivel organizados para anticipar los tremendos cambios que arrastrarán a la República Dominicana a convertirse en una sociedad también diferente a ésta de hoy.

Me alegra mucho saber que APEC mantiene viva su actitud original de anticiparse al futuro y de prever los cambios sociales por venir para dotar al país de hombres y mujeres preparados para enfrentar con eficiencia los retos del desarrollo, y me alegra todavía mucho más ver que ustedes, egresados de APEC, han

sabido recoger la mística de su institución y han sabido organizarse para tratar de entender y mejorar en lo posible la realidad dominicana.

La sociedad dominicana, particularmente, se ha complicado de tal manera que ha venido a parecerse cada vez más a las de los países más desarrollados de América Latina, y no exagero si digo que un claro rasgo de la sociedad dominicana de los últimos años es el haber pasado por un rápido proceso de latinoamericanización de sus estructuras y sus instituciones. Ya no hay diferencias esenciales, yo diría, entre la sociedad dominicana y la sociedad mejicana, o la brasileña o la venezolana o la chilena, por ejemplo, hablando en términos generales.

Un buen punto de partida para entender cómo hemos llegado a complicarnos en la forma en que lo hemos hecho consiste en examinar las cifras del crecimiento demográfico. No voy a hacer una exposición cuantitativa, de ningún modo, pero sí es importante hacer notar que en el caso dominicano el proceso de crecimiento demográfico ha sido comparativamente más altos que en el resto de los demás países latinoamericanos excluyendo quizás a Costa Rica.

En el año 1920 nosotros teníamos 895,000 habitantes. En el año 1935 teníamos 1,250,000. En el año 1950 teníamos dos millones y pico. En el año 1960 ya éramos 3 millones. En el año 1970 habíamos crecido a algo más de 4 millones, y ahora, justo en diciembre de 1981, cuando se hizo el censo nacional de población y vivienda, habíamos alcanzado la cifra de 5,6000,000 habitantes, lo que quiere decir que para 1990 tendremos alrededor de los 9 millones, y para el año 2000, si es que la curva decrece con la velocidad que los demógrafos prevén, tendremos entre 10 y 12 millones de personas viviendo en la República Dominicana. Ahora bien, por más que nuestra tasa de crecimiento demográfico descienda en el curso de los próximos veinte años, lo cierto es que para fines de siglo la población mínima del país no bajará de los 10 millones de habitantes. Este proceso de crecimiento demográfico forma parte de un fenómeno mundial que también ha venido ocurriendo a escala planetaria y que ustedes

conocen con el nombre de explosión demográfica, la cual se acelera en la medida en que la medicina moderna y los programas internacionales y oficiales que tratan de disminuir las tasas de mortalidad tienen éxito.

Uno de los pocos países en donde el crecimiento demográfico parece haberse estancado, contrario a la República Dominicana y el resto del mundo subdesarrollado, es Haití, y esto es importante tenerlo en cuenta para fines de comparación, porque si ustedes comparan la población que tenía Haití en 1844 con la nuestra en los momentos de la Independencia, ustedes podrían darse cuenta de que en Haití había casi siete veces más personas que en la República Dominicana; es decir, que mientras los haitianos eran unas 835,000 personas en ese año, la población dominicana apenas pasaba de los 126,000 habitantes. Al comparar hoy las dos curvas de crecimiento demográfico, una de las cosas que más sorprenden es la forma en que Haití ha ido dejando de crecer en tanto que la población dominicana ha alcanzado a la haitiana y ha terminado sobrepasándola, dando por resultado que hoy, en 1983, los dominicanos somos más numerosos que los haitianos. Si algo indica el comportamiento de la curva de crecimiento demográfico de Haití es que ese país ha llegado ya, debido a las limitaciones de su medio ambiente, a la pobreza de su tierra, a la escasez de su espacio, al atraso de su agricultura, a sus limitaciones ecológicas, a un punto límite en el crecimiento de su población, en tanto que la población dominicana no parece que dejará de crecer por lo menos en los próximos veinte años, a menos que algún cataclismo natural, como una gran epidemia, por ejemplo, se lleve una gran parte de la población y establezca un nuevo límite a nuestro crecimiento, cosa que es muy difícil, pero no es descartable debido a la aparición y difusión de nuevos gérmenes y nuevas enfermedades que circulan hoy por el mundo cada vez más rápidamente gracias a la forma en que se han intensificado los viajes internacionales.

Uno de los corolarios del crecimiento demográfico ha sido el proceso de urbanización de la República Dominicana y esto se nota en el hecho de que en la medida en que la población dominicana ha ido creciendo, en esa misma medida —es más, en mayor

medida— también se ha ido urbanizando. En el año 1920, de cada cien personas que había en el país, 84 vivían en el campo y 16 vivían en las ciudades. Hoy, en el año 1983, de cada cien dominicanos 53 viven en las ciudades y 47 viven en los campos. Se espera que para fines de siglo unas 70 personas de cada cien vivan en las ciudades, en tanto que sólo 30 vivan en los campos. Pero no nos engañemos: como entonces habrá más del doble de la población de hoy, a pesar de que la población campesina será entonces proporcionalmente más baja que la de hoy, para fines de siglo habrá tanta gente en el campo dominicano como hoy porque todavía quedarán unos 3 millones de ciudadanos dominicanos viviendo fuera de las ciudades. De hecho, se puede decir que esas personas serán aquellas que de alguna manera habrán logrado evitar ser expulsadas por las precarias condiciones del medio rural dominicano; porque si una cosa muestra nuestro proceso de urbanización es que el mismo se ha debido, entre otras cosas, a la expulsión de los campos de las bocas y los brazos que la agricultura dominicana no puede emplear ni mantener.

El proceso de urbanización dominicano comienza entre las dos guerras. Se acelera después de la Segunda Guerra Mundial y el detonante del mismo, en términos históricos, puede decirse que ha sido el proceso de industrialización, incipiente primero en la Era de Trujillo, pero acelerado después en el curso de las últimas tres décadas. Observen ustedes en relación con esto el crecimiento de las ciudades de Santo Domingo, San Cristóbal y Santiago, en las cuales existen hoy grandes masas de obreros y trabajadores industriales que no existían hace apenas treinta años y que han contribuido a dar a esos centros urbanos la configuración social que poseen hoy día. Para 1940 todavía Santiago y la Capital eran ciudades que tenían barrios de gente pobre, pero no puede decirse que la mayoría de los habitantes de sus barrios fueran gente marginada. Era muy difícil entonces encontrar en los pueblos del interior barrios marginados, del tipo de los que conocemos hoy; pero ya en 1960, en vista de la atracción que ejercían ya las ciudades sobre la población campesina, se empezaban a hacer visibles en los principales pueblos del país los primeros barrios marginados, lo que quiere decir que estos centros urba-

nos estaban recibiendo más gente de la que sus recursos podían soportar.

Una de las cosas que pone al día a la República Dominicana en relación con América Latina en el curso de los últimos veinte años es el aceleramiento de la marginalidad urbana; esto es, la formación rápida de grupos de personas que han dejado de ser campesinos pero que al migrar a las ciudades no han logrado convertirse en ciudadanos urbanos porque no han logrado adquirir las destrezas necesarias para ser productivos en las ciudades y tienen forzosamente que dedicarse a vivir del chiripeo.

Por más esfuerzos que se hacen y que se han hecho en los últimos veinte años, por más empeños que hayan desplegado los gobiernos y diversas instituciones del sector privado para acercarse a la población marginada y atraerla a la educación, lo cierto ha sido que no ha sido posible sacarla del estado de ignorancia y de atraso cultural en que se encuentra. Las razones son muchas: falta de recursos materiales y humanos, se nos dice. Pero los hechos son terribles: las tasas de deserción escolar son muy altas. De cada cien niños que entran al primer curso de la escuela primaria solamente 38 pasan al sexto curso y apenas terminan la escuela primaria. En las zonas rurales, la situación es peor pues de cada cien niños que entran a la escuela en los campos, apenas 23 terminan el sexto curso y, tal vez, 6 concluyan el bachillerato. De esos seis, dos, con mucha suerte, lograrán ingresar a la universidad, y éstos tendrán una probabilidad entre quince de salir graduados en una carrera profesional. A pesar de lo que continuamente se llama explosión de la educación superior en la República Dominicana, una cosa salta a la vista y ella es que las posibilidades de los habitantes del campo son mucho más limitadas que las de los habitantes de las ciudades para tener acceso a la educación, ya sea ésta primaria, intermedia o superior. Y lo más notorio, aunque lógico, es que las posibilidades de los habitantes de los barrios marginados de alcanzar un cierto nivel de educación se encuentran seriamente limitadas.

Eso, señoras y señores, es pavoroso, no solamente por el espectáculo de ver ya alrededor de tres millones de personas que

van arrastrando su ignorancia por todas partes y que dentro de cinco años van a ser más de cinco millones, sino porque para planear, programar o simplemente poner en marcha programas de desarrollo ningún país puede tener éxito mientras mantiene una población cuya productividad es sumamente baja debido a que la mitad funciona como analfabeta.

Sobre esto del analfabetismo y la cantidad de la población analfabeta en el país debemos decir algo pues las cifras estadísticas que salen de los censos y las mismas cifras oficiales de la Secretaría de Estado de Educación no reflejan toda la verdad, pues cuentan como alfabetizados a muchas personas que realmente no lo son. Esas cifras dicen que el que sabe leer y escribir su nombre es una persona alfabetizada, eso es absolutamente falso de toda falsedad. Hasta que una persona no pasa el cuarto año de la escuela primaria, no puede decirse que esté funcionalmente alfabetizada. La UNESCO clasifica a los que no han alcanzado el cuarto año de la primaria como analfabetos funcionales porque son personas que no pueden funcionar eficazmente en una sociedad compleja, en una sociedad moderna, debido a las limitaciones de sus conocimientos y de los instrumentos conceptuales que poseen.

La urbanización dominicana ha estado aparejada también con un proceso de cambio cultural debido a la norteamericanización creciente de la población dominicana. En la medida en que los dominicanos han continuado emigrando hacia los Estados Unidos, en la medida en que la sociedad dominicana se ha ido democratizando social y culturalmente, en la medida en que la sociedad dominicana también ha ido creciendo económicamente y en la medida en que los medios de comunicación también se han ido expandiendo y amplían la influencia de su impacto, en esa misma medida la sociedad dominicana ha ido absorbiendo rasgos culturales procedentes de sociedades mucho más desarrolladas del norte del Atlántico, particularmente de los Estados Unidos, cuyos rasgos y contenidos culturales penetran en la cultura dominicana a través de varios canales.

Un primer canal es el cine y la televisión. Aquí todavía no se ha hecho ningún estudio del impacto del cine y de la televisión en

la modernización de la sociedad dominicana, pero solamente observando la revolución sexual que ha tenido lugar en los últimos diez años podemos decir que esa debe ser una de sus explicaciones más plausibles. En menos de quince años todos los conceptos relativos a la sexualidad han estado cambiando, desde la virginidad hasta las relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales. El gran vehículo de educación sexual, en este caso, ha sido el cine y la televisión, mucho más que la literatura porque la población dominicana es una población iletrada que no lee y por lo tanto el impacto de la letra impresa es mucho menor que el de los medios audiovisuales. En este sentido, también la radio ha ejercido un impacto considerable. Pero el impacto que la radio ha tenido ha sido, a nuestro juicio, mayor en lo que respecta a los cambios en las actitudes políticas, particularmente, en lo que respecta al proceso de democratización social y política de la República Dominicana. En cuanto a la modernización de las actitudes ante la vida, creo yo, el radio no ha alcanzado el impacto que parecen haber ejercido el cine y la televisión.

Ahora bien, los medios de comunicación no son los únicos factores de cambio en el país ni funcionan aisladamente del resto de otros factores. El hecho de que la sociedad dominicana se haya convertido en una sociedad más urbana, más industrializada, más de servicios, ha terminado afectando el comportamiento y funcionamiento de la familia nuclear. Tradicionalmente, los dominicanos han considerado que la familia nuclear es la familia ideal, pero la integridad de la misma está siendo conmovida hoy por las exigencias de la nueva vida urbana y de la vida industrial, con lo cual los valores y modos de comportamiento que antes regían en el seno de la familia nuclear están perdiendo funcionalidad. Ya no es posible, por ejemplo, que todos los miembros de la familia desayunan, almuercen y cenén juntos al mismo tiempo porque ya la mujer trabaja o estudia; al hombre el trabajo le queda lejos y no puede regresar a su casa a comer al mediodía, o la escuela le queda lejos a los niños y tampoco pueden regresar todos al mismo tiempo a la casa. Esta simple asincronía de las actividades familiares en el contexto de una sociedad más urbanizada y compleja está produciendo cambios fundamentales y sustanciales que a la corta o a la larga terminan afectando la integri-

dad de la familia. Eso se traduce, en algunas instancias, en que a medida que los miembros de la familia van creciendo y van desarrollándose los lazos de solidaridad entre ellos van aflojándose y van diferenciándose de los lazos de solidaridad existentes en la familia nuclear tradicional o en la familia ampliada tradicional.

Otra cosa que también debemos tener en cuenta como uno de los rasgos de la sociedad dominicana actual es la existencia de las no-familia, el desarrollo y crecimiento del fenómeno de la no-familia. Yo no sé si alguno de ustedes sabe que la República Dominicana tiene la tercera tasa de divorcios en el mundo, después de California, y Nueva York, independientemente de las estadísticas de los divorcios de extranjeros que se hacen en Santo Domingo al vapor. Nosotros vamos hacia una sociedad de no-familia o, por lo menos, hacia una familia completamente no tradicional en el más claro sentido de la palabra. El hecho de que por cada diez parejas que se casen, cuatro se divorcien ya implica que el estado natural de sostener y criar a los hijos es el estado extramatrimonial o no matrimonial con lo cual la imagen de lo que estamos viendo hoy difiere mucho de la imagen que teníamos de la sociedad dominicana tradicional. Pero hay que tener cuidado en el manejo de estas imágenes porque el fenómeno parece que tiene un sentido social muy definido y que esas estadísticas de divorcio no son universales para todas las clases sociales ya que hay capas de la sociedad dominicana en donde el matrimonio nunca ha sido el estado natural para la procreación y crianza de los hijos. Eso puede observarse muy claramente en las cifras que se elaboraron para un estudio de matrimonios y divorcios en el año 1973, las cuales resultaron de una encuesta que encontró que de cada cien niños que nacen en la República Dominicana setenta y tres son niños que nacen fuera del matrimonio.

Nosotros, pues, hace tiempo que vivimos en una sociedad no matrimonializada a pesar de las imágenes que circulan en contrario. Eso hay que tenerlo en cuenta cuando se hacen planes de educación o planes de desarrollo, porque hay que tener entonces en cuenta que siempre se creyó que la familia de clase media, blanca, católica, de origen más o menos español era el prototipo

de la familia dominicana. Pues bien, ahora resulta que ese no es el tipo real de la familia dominicana, a pesar de que siempre lo tuvimos como el tipo ideal. Y no es el tipo real porque en la sociedad dominicana existen patrones de apareamiento muy diferentes a los que la moral católica tradicional nos ha hecho pensar que son los prevalecientes. Pues no; lo prevaleciente no es la familia casada e integrada. Lo prevaleciente es la familia abandonada debido al machismo y a la pobreza y debido al permanente abandono por parte de sus maridos que sufren las mujeres una vez que han tenido hijos con ellos. Hay datos que muestran que en las zonas marginadas y en las zonas rurales, que todavía conforman una parte significativa de la población del país, por lo menos ocho de cada diez mujeres se ven abandonadas por lo menos una vez por sus maridos antes de los primeros cinco años de convivencia marital.

Esto significa que la mujer es la que tiene que hacerse cargo de los hijos y significa, también, que las familias entonces funcionan matrifocalmente y que la mujer tiene un gran peso en la estructuración y el funcionamiento de la sociedad, mucho mayor del que los intelectuales, los políticos, los economistas, los jefes de gobierno y los educadores creemos que tienen. Por desconocer o no tener en cuenta cabalmente esta realidad es que diseñamos programas de desarrollo, hacemos leyes e incluso creamos instituciones como si la sociedad dominicana fuera una sociedad regida en base por los hombres, pero es, en mucho, regida por las mujeres y es muy importante tener eso en cuenta.

Ahora bien, algo que tampoco se tiene en cuenta es que las mujeres dominicanas, en general, en el curso de sus vidas tienden a tener varios hijos con varios hombres diferentes. ¿Significa eso que las mujeres dominicanas son prostitutas? No significa eso. Lo que ocurre es lo que los antropólogos llaman un patrón de apareamiento serial. En una sociedad dominada por el hombre, en la cual el hombre posee todos los derechos, en la cual también hay una tasa muy alta de violencia sexual, la mujer necesita protección y cuando pierde su primer hombre se ve en la necesidad de buscar otro hombre que la mantenga o la proteja. Así, se asocia con un nuevo hombre, con el cual normalmente tiene otro

hijo, pero en el curso de esa o de una segunda barriga ese nuevo hombre la abandona o la maltrata y nuevamente se ve desamparada y en la necesidad de encontrar otro hombre que la mantenga y la proteja.

Si ustedes hacen una encuesta demográfica como las que se han hecho o realizan un estudio sobre composición de la familia en las zonas rurales o en las zonas pobres del país, ustedes van a encontrar que las mujeres dominicanas tienen normalmente entre cinco y nueve embarazos en el curso de su vida fértil, de los que sobreviven entre cuatro y seis muchachos. Normalmente, esos cinco o nueve embarazos son la obra de unos tres padres diferentes, en promedio, con los cuales las mujeres dominicanas se tienen que ir asociando sucesivamente para hacer frente a las exigencias de la vida y la cultura de la pobreza en que se desenvuelven. Los que han estudiado este problema dicen que las mujeres siguen teniendo hijos con la esperanza de que sean su posible fuente de seguridad en su vejez, al tiempo que sirven, ilusoriamente, de fuente de sostenimiento del lazo conyugal con el hombre con quien ellas actualmente viven.

Dentro de su educación, la mujer dominicana entiende que si ella tiene hijos con un hombre, eso va a hacer que el hombre se mantenga más cerca de ella. Pero eso no es verdad. Faltan, desde luego, estudios detallados, pero los que hasta la fecha han hecho algunos antropólogos y sociólogos en algunos barrios de la Capital y de Santiago y Puerto Plata, así como en algunas comunidades rurales del Cibao, indican que a la corta o la larga los hombres dominicanos abandonan a las mujeres no importa cuántos hijos la mujer tenga con ellos. Más tarde o más temprano, por su parte, la mujer termina buscando otro hombre con lo cual muchas, si es que ha tenido la suerte de recibirla, termina perdiendo la pequeña asignación que el hombre anterior hubiera podido pasarle.

Estos son algunos de los hechos que a veces no se tiene en cuenta cuando se diseñan programas de planificación familiar. Los técnicos y planificadores a veces no entienden que las mujeres tienen muchas y diversas necesidades de tener hijos y que las

motivaciones para ello son muy variadas. Por cumplir con la doble función de inversión para el futuro y de aparente seguridad conyugal en el presente es por lo que, entre otras cosas, la mujer dominicana se niega a esterilizarse temprano. Los estudios muestran que no es posible esterilizar, de manera general, a la mujer dominicana hasta después del tercer embarazo. Esa es la razón por la cual, a pesar de que se ha logrado reducir la tasa de fecundidad en las multíparas, va a ser tan difícil disminuir sustancialmente la tasa de crecimiento demográfico en los próximos años, la cual, según el último censo de población, es de casi tres por ciento, 2.88o/o para ser más exactos. Las madres de los próximos veinte años ya están nacidas y no se dejarán esterilizar sino hasta después de que tengan tres hijos, por lo menos, y tal vez más embarazos.

Volvamos, pues, a la observación de hace un rato: nosotros vivimos en una sociedad idealizada en la cual nosotros participamos como miembros de una clase media más o menos europeizada, más o menos bilingüe, más o menos nortamericana. Esta élite y esta clase media están yuxtapuestas a una sociedad que no les corresponde ni en estructura, ni en costumbres, ni en proyecciones, ni en proyectos de vida, ni en proyectos nacionales. Aquí hay más de una sociedad viviendo frente a frente. De hecho, hay dos sociedades urbanas enfrentadas a la sociedad rural. Tenemos una sociedad más o menos blanca, más o menos educada, más o menos moderna —vamos a llamarle así— que vive de los bancos, de las industrias, de las profesiones, de los negocios de servicios, de las exportaciones, de las importaciones, y tenemos, por otro lado, una sociedad pobre, iletrada, marginada, dependiente, desempleada, más o menos tradicional. Por otro lado, también tenemos una sociedad participante viviendo justo al lado de otra sociedad bastante marginada de los canales de participación.

A propósito de participación, una de las cosas que sorprende a los extranjeros es que las principales asociaciones sin fines de lucro o de servicio público estén en manos de un mismo grupo de personas o de varios grupos que circulan entre sí a manera de élites muy móviles, en tanto que el resto de la población apenas logra integrarse a la dirección de estas instituciones. Pues bien,

esto también fue así en cuanto toca al Estado. El control del Estado durante cientos de años estuvo en manos de una misma clase que permitía la incorporación de determinados individuos a través de la política, a través del ejército y a través de la Iglesia. A partir de 1960 la sociedad dominicana ha dado muestras de que eso ha estado cambiando sustancialmente. Y yo me atrevería a vaticinar que en los próximos años las pocas instituciones dominicanas que hoy se ven en manos de una misma clase tendrán que incorporar a gentes de otras clases o empezarán a recibir una fuerte competencia de instituciones similares muy competitivas que habrán de organizar los nuevos grupos sociales que poco a poco están adquiriendo relevancia en la República Dominicana y que anteriormente funcionaron como clases subordinadas dentro de la sociedad dominicana, incluyendo al Estado mismo.

Tomen ustedes, por ejemplo, los partidos políticos. Los partidos siempre fueron patrimonio de unos cuantos caudillos asociados con los sectores sociales y económicos más importantes que normalmente vivían de la gran propiedad rural o de las exportaciones y las importaciones. Hoy los partidos políticos dominicanos se han convertido en uno de los vehículos de ascenso económico y reconocimiento social más rápidos, y están compitiendo con las clases establecidas y con los grupos establecidos dentro de esas clases. Lo más interesante es que los partidos dominicanos exhiben en una u otra forma el estilo populista de los años 50, siguiendo el modelo y la retórica peronista o siguiendo el modelo y la retórica mexicana de los años 60 y 70.

Es interesante también señalar que el populismo político fue acelerado y estimulado por los programas de desarrollo que se pusieron en marcha a partir de 1962 cuando la Alianza para el Progreso. En la competencia del desarrollismo contra el izquierdismo en América Latina por ganarse el favor de las masas, poco a poco se fue desarrollando una nueva retórica de la acción gubernamental en favor del desarrollo, que los partidos políticos terminaron haciendo suyas e incorporando al juego político, al tiempo que los gobiernos hacían lo mismo, en su interés por recibir nuevos o mayores recursos provenientes de los programas de la Alianza

para el Progreso. Hoy, el populismo está de tal manera incrustado en nuestro quehacer político que a menos que haya un gran cataclismo, el populismo seguirá siendo la bandera de lucha de todos los partidos y gobiernos durante los próximos veinte años, y va a ser muy difícil para las personas que han ejercido el poder o que piensan ejercerlo de manera tradicional encontrar respuestas de las masas a menos que sus mensajes sean mensajes de tipo populista.

Esto significa que quienes van a acceder al poder no van a ser los más capaces de resolver los problemas sino los más capaces de vender las esperanzas.

Tomen ustedes los programas de los partidos políticos, de cualesquiera que sean, y observan lo que esos programas dicen que van a llevar a cabo en un período de gobierno. Pues bien, vistas las cosas claramente, no hay quien pueda realizar esas promesas en un solo período de gobierno, ni en dos períodos de gobierno. Sin embargo, los políticos siguen haciendo las mismas promesas, las aumentan, las perfeccionan y las gentes o las clientelas políticas las creen, las comparten y las difunden y las mantienen como plataforma de lucha y también como plataforma de esperanzas. En un proceso de democratización política como el que estamos envueltos, el consenso nacional es que la democracia política debe sostenerse ya que los dominicanos no queremos pasar por un nuevo trauma de un golpe de Estado y una guerra civil. Pero eso significa que para los gobiernos va a ser cada vez más difícil mantenerse en el poder con un libre juego democrático sin hacer grandes concesiones a las masas luego de haber sido arrastradas al juego electoral con promesas que luego los gobiernos tienen dificultades en cumplir cabalmente.

Lo que nosotros hemos estado presenciando en la República Dominicana en los últimos 18 años es una transformación radical del sistema político dominicano muy parecida a la que tuvo lugar en México hace ya muchos años, a partir de 1938, digamos. Esto es, un Estado que da lugar al libre movimiento de las ideas y de las opiniones, pero cuyos gobiernos hacen frente a las crisis en forma autoritaria. Una retórica populista y un gobierno de intenciones

liberales combinados con un comando central autoritario. Señales del autoritarismo las hemos estado viendo como herencia de Trujillo durante los años de Balaguer, que sostenía un gobierno autoritario a la manera de un despotismo liberal. Pero también hemos visto las señales de autoritarismo en los gobiernos del PRD. En los momentos en que los gobiernos del PRD han tenido que enfrentar una crisis la muñeca no se les ha aflojado ni les ha temblado el pulso. De ahí que en los próximos años vamos a continuar presenciandō, la paradoja de gobiernos y partidos oficiales que diran que han llegado al poder para gobernar en favor del pueblo; que dirán que están ahí porque las masas los pusieron, pero que cada vez que la situación se les apriete, ellos también sabrán apretar la muñeca. Así que no nos equivoquemos creyendo que el populismo político de los partidos —no importa cuál de los grandes partidos se encuentre en la oposición— va a significar anarquía. Todo lo contrario, lo más probable es que signifique un refinamiento de los sistemas del ejercicio autoritario del poder.

Veamos ahora el problema de la educación. La educación ha sido afectada por todo el proceso de crecimiento demográfico. Si ustedes examinan la matrícula escolar y observan su comportamiento por cursos y niveles, ustedes verán que la curva de crecimiento de la población se corresponde con la curva de crecimiento de la matrícula, y que ésta, a pesar de las deserciones y caídas de los estudiantes debido a la pobreza o a la falta de medios, se mantiene creciendo año tras año.

¿Cuáles son las implicaciones de estas curvas? Que en una sociedad cuya economía está también llegando a los límites de crecimiento, como es el caso dominicano, cada día los recursos disponibles para educar a la población van a ser relativamente menores. Un simple indicador, simple porque es el más sencillo y el más visible, nos dice algo al respecto: desde el año 1933 hasta el año 1981 el presupuesto dominicano fue cada año mayor que el anterior. A partir de 1981, la curva de crecimiento del presupuesto nacional empezó a llegar a un techo, empezó a mostrar su curva logística. ¿Qué quiere decir eso? Que como la población va a seguir creciendo, los fondos del presupuesto nacional que han

sido asignados siempre en forma insuficiente para atender a las necesidades educativas, van a ser mucho más insuficientes en el futuro y, por lo tanto, el sector público tendrá cada día relativamente menos recursos disponibles para financiar la educación.

Eso quiere decir que cada año va a ser más difícil para el Estado proporcionar los servicios que proporcionaba antes. Lo grave de esta situación —y aquí hay varias gravedades implícitas— es que algunos gobiernos populistas son gobiernos estatistas y pretenden que el Estado controle no solamente otras áreas de la vida nacional sino también, y sobre todo, pretenden que el Estado controle absolutamente la educación. Ahora bien, no importa quién gobierne, no importa quién sea el Ministro de Educación, como en los próximos años habrá cada vez menos recursos para financiar la educación pública, es de esperarse que los métodos de control sigan cambiando y pasemos cada vez con mayor rapidez de la persuasión a la coerción en el sistema educativo dominicano.

Para las universidades y colegios privados éste es un problema de perspectivas alarmantes. Hay que ponerle atención a eso y hay que pensar en cómo se moviliza la opinión pública o en cómo se influye en los gobiernos para que entiendan que en una sociedad democrática cada familia tiene el derecho de educar a sus hijos en la forma en que le dé la gana y que por eso escoge una escuela y no otra. El Estado sí tiene el derecho de regular el contenido general de la educación, pero no tiene derecho de controlar las formas particulares en que la educación se imparte.

Otro de los componentes del fenómeno dominicano y del mismo proceso de modernización del país es la emigración. En los últimos veinte años nosotros hemos exportado legalmente a los Estados Unidos casi trescientos mil dominicanos. Hace ya casi diez años que nuestra cuota anual de visas de residencia para los Estados Unidos es de 20.000 personas. Hay un aparente consenso entre los que ponen atención al fenómeno de la migración en el sentido de que la emigración de dominicanos a los Estados Unidos es una válvula de escape social y económica que le quita presiones a una economía que produce unos 60,000 jóvenes que

entran en edad de trabajo todos los años y de los cuales apenas se les puede conseguir empleo a alrededor de unos siete u ocho mil, un poco más de un diez por ciento. De esta manera, al exportar veinte mil trabajadores todos los años, y al crear unos diez mil empleos adicionales, la República Dominicana quedaría con un déficit anual de generación de trabajos de unos 30,000 empleos.

Hay quienes dicen, sobre todo los norteamericanos, que la emigración es sustancialmente mayor; que por cada 18,000 dominicanos que entran legalmente a los Estados Unidos cada año —porque las cuotas no se agotan totalmente— se van ilegalmente del país entre treinta y cuarenta mil. Yo nunca he estado muy convencido de que las cifras de ilegales sean tan altas, pero hay una serie de indicadores que sugieren que es relativamente alta, sobre todo porque se les dan visas de turismo a alrededor de unas 40,000 personas todos los años, y de éstas, alrededor de un 15 por ciento se queda ilegalmente en los Estados Unidos. O sea que estamos hablando de unas 20,000 personas emigrando legalmente cada año y de unas 4,000 personas quedándose ilegalmente, las que sumadas al número indeterminado de los que emigran ilegalmente por otras vías, y a los diez mil nuevos empleos que se crean cada año, terminan reduciendo el déficit a unas 25,000 plazas de trabajo anuales, por lo menos.

Es cierto que muchos dominicanos se han ido a los Estados Unidos, pero también es cierto que muchos dominicanos regresan, y hay estudios y tesis doctorales que sugieren que entre el quinto y el sexto año de residencia en los Estados Unidos una gran parte de los que se fueron terminan regresando, aunque continúan viajando una vez al año a los Estados Unidos para no perder su tarjeta verde que los acredita como residentes. Esta es una de las cosas que conviene estudiar porque, después del cine y la televisión, la migración de retorno, que es como estrictamente se le llama a este fenómeno, es el otro gran vehículo de la modernización y de la norteamericanización de las costumbres en la República Dominicana.

Yo creo que en vista de la cercanía con los Estados Unidos, en vista de la apertura cultural de la sociedad dominicana, en vis-

ta del gusto por lo norteamericano que los dominicanos hemos venido desarrollando desde 1880, y sobre todo, en vista de la inevitabilidad de la emigración, de la inevitabilidad del comercio, de la inevitabilidad del contacto cultural, de la inevitabilidad de la penetración de elementos culturales, yo creo que lo que mas le conviene a la República Dominicana, por más herético que esto suene, es el aceleramiento de la modernización que implica la norteamericanización del país para sacar las mayores ventajas que podamos, como lo hizo Puerto Rico en su momento, aunque tengamos diferentes sistemas jurídicos y políticos. A mí me parece que lo que los dominicanos deberíamos hacer es tratar de que en vez de que emigren 20,000 dominicanos hacia los Estados Unidos cada año, que emigren 60,000, 80,000 ó 100,000. En años recientes, los Estados Unidos estuvieron dando entrada a unos ciento cincuenta mil vietnamitas durante varios años. Vietnam es, desde luego, un país con el cual los norteamericanos tienen una obligación moral, pero con el cual no tienen la cercanía ni el compromiso geopolítico que a largo plazo tienen con la República Dominicana.

Para fines educativos es importante también tener en cuenta que ese rasgo de la norteamericanización es un rasgo del cual no nos podemos librar, lo que quiere decir que los contenidos tradicionales de la educación deben variar. En vez de sostener en nuestras escuelas, en nuestros programas universitarios, en nuestros programas de alfabetización, textos y curricula con contenidos basados en una concepción tradicional del mundo y de las cosas procedentes de la vieja sociedad tradicional, los dominicanos responsables del planeamiento, diseño y conducción del proceso educativo deben tratar de ver cómo se asimilan los rasgos de una sociedad ultra-avanzada, post-desarrollada como lo es la de los Estados Unidos, a la cual nosotros, por simple gravitación, nos estamos acercando rápidamente y a la cual, tarde o temprano, en el curso de los próximos veinte años nos vamos a incrustar cultural y económicamente.

Nosotros somos como un meteorito que va a toda carrera hacia el océano de la norteamericanización, y yo creo que lo que la hora actual manda como estrategia es simplemente tratar de prever el proceso y tratar de ver de qué manera ese proceso resulta

cada vez más beneficioso para la República Dominicana, Podríamos hablar del Plan Reagan para la Cuenca del Caribe. Este es un tema que pienso tratar públicamente en otra reunión y lo voy a dejar para después. Pero también hay mucha tela para cortar por ese camino y creo, para mencionarlo de pasada, que es una apertura por donde se pueden construir nuevos esquemas de colaboración basados en el desarrollo tecnológico, en la modernización planificada. Hay que empezar ya a diferenciar lo ideológico de lo práctico, de lo tecnológico, de lo económico.

Yo creo que se puede elaborar un gran esquema de modernización cultural, social y económica dominicana para los próximos años basado en la cercanía y en la colaboración con los Estados Unidos. Y eso, les aseguro, no va a fracasar porque la sociedad dominicana es ya una sociedad secularizada. Los dominicanos no son católicos, son pseudo-cristianos, cuasi-cristianos. Los Dominicanos no se sienten españoles. Los dominicanos se sienten más cerca de los Estados Unidos que de España, nuestra Madre Patria. Los dominicanos ya son una sociedad tan abierta, debido entre otras cosas a la apertura de su sector externo desde hace ya ciento y pico de años, una sociedad tan abierta que es capaz de recibir cualquier influencia cultural sin oponer una fuerte resistencia de tipo religioso o cultural como oponen otras sociedades. La resistencia que es dable esperar a cualquier programa de modernización planificada de la sociedad dominicana será de tipo político e ideológico y tendrá mucho que ver con la falta de participación en el progreso de determinados grupos que quedarían marginados de los acontecimientos, pero los obstáculos que podría enfrentar un esquema de modernización acelerada de la sociedad dominicana son menores de lo que podrían ser en cualquier otra isla del Caribe.

Obviamente, estoy hablando de algo que ya ha venido ocurriendo sin que nadie se lo haya propuesto. La modernización dominicana de los últimos años ha tenido lugar al tiempo que hemos venido urbanizándonos e industrializándonos, y al tiempo que hemos ido construyendo una democracia política y hemos abierto nuestras puertas al extranjero, a las ideas extranjeras y a los turistas, Cuando hablo de un gran esquema de modernización

lo que propongo es simplemente perfeccionar los mecanismos de apertura cultural, de educación de nuestros jóvenes en el extranjero, de importación de tecnología, de liberalización del Estado, de exaltación de las prácticas de tolerancia política y de convivencia social, de solidaridad ciudadana, de proliferación de grupos organizados para responder a las necesidades del bien común. En ese sentido, creo yo, los Estados Unidos comenzaron mucho antes que nosotros y tienen una experiencia acumulada de la cual los dominicanos podríamos extraer excelentes lecciones. ¿No hay acaso diferencias en la conducta y en la preparación y en la productividad de un dominicano antes de haber migrado a los Estados Unidos y después de haber regresado convertido en un pequeño empresario o inversionista o profesional o técnico o artesano? Yo no sé cómo demostrarlo, pero tengo la impresión de que otro de los factores que han estado detrás de todo nuestro proceso de democratización cultural ha sido la continua ida y venida de los dominicanos a los Estados Unidos, cargados no solamente con efectos electrodomésticos y ropas nuevas, sino también con nuevas ideas acerca del mundo del trabajo y de las cosas, así como nuevos hábitos laborales y nuevas energías productivas. En pocas palabras: tenemos que proteger la emigración hacia los Estados Unidos. Tenemos que fomentarla y tenemos que cabildar tanto en el país como en Washington para que podamos ampliarla. La proyectada nueva ley de inmigración de los Estados Unidos deja muy poco margen para esto, pero hay que seguir insistiendo en que la República Dominicana y los Estados Unidos, así como éstos y el Caribe, están necesariamente obligados a enfrentar unidos el gran reto que se avecina en este próximo fin de siglo.

Al hablar de ese reto tenemos también que hablar de las necesidades básicas. Las necesidades cambian en función de las estructuras y del medio ambiente de cada sociedad, pero siempre hay necesidades básicas sin cuya satisfacción la vida se deteriora y pierde calidad. La alimentación, el vestido, la vivienda, la luz, el agua, los servicios sanitarios, el empleo, la educación y la seguridad son las más evidentes y, desde luego, las más necesarias. El mensaje que quiero dejarles en torno a la cuestión de las necesidades básicas y su satisfacción es el siguiente: en vista de que los

recursos son insuficientes para resolver todos los problemas del desarrollo dominicano, debemos pues pensar en que habrá que establecer algún orden de prioridad. Si ustedes leen los periódicos y las revistas de los años 60 o algún discurso de los que se pronunciaban en esa época, ustedes podrán observar un término que se usaba corrientemente y el cual casi todo el mundo creía que era posible realizarlo. Este término era el desarrollo integral de las sociedades latinoamericanas.

Olvidense, no es posible hoy el desarrollo integral. Nunca fue posible. No hay recursos con qué desarrollar hoy integralmente la sociedad dominicana en la medida en que se soñaba durante los años 60. Esto quiere decir que cuando escojamos programas para ejecutarlos y ponerlos en marcha, tendremos que escoger bien nuestras metas y tendremos que escoger bien la población a la cual vamos a atender con esos programas, y señalar muy claramente cuáles de las necesidades básicas de los grupos escogidos estaremos nosotros dispuestos a tratar de satisfacer. No hay con qué hacerle frente a todas las necesidades básicas de la población dominicana. Eso no puede hacerlo el Estado y mucho menos, tampoco puede hacerlo el sector privado. De manera que cuando se trabaje en nuevos programas de desarrollo, se debe pensar muy bien con cuáles grupos habrá de trabajar y entonces escoger cuáles son las necesidades básicas de esos grupos que se pueden satisfacer, tratando de llevar soluciones a los grupos de la sociedad dominicana que necesitan más ayuda.

Ya hemos llegado al final de los años del desperdicio. De ahora en adelante comienzan los años del ahorro forzoso y de la previsión ante el futuro y la incertidumbre económica. En esta nueva época de crisis en la que hemos entrado solamente sobrevivirán los que entiendan las limitaciones de la economía dominicana y los que sepan aprovechar con sentido práctico y sin ilusiones ideológicas las nuevas oportunidades que se están abriendo con el desarrollo de una nueva economía basada en las exportaciones.

De ahora en adelante el desarrollo dominicano tendrá que ser planificado y tendrá que ser cuidadosamente administrado

para aprovechar al máximo los escasos recursos que produce nuestra pequeña economía. Ese es el gran reto que tenemos por delante. Esa es la gran lección que tendremos que aprender los dominicanos si es que queremos mantener a la República Dominicana como un lugar donde vale la pena vivir.

Muchas gracias.

Asociación de Egresados de UNAPEC
Salón La Mancha, Hotel Lina
13 de diciembre de 1984

Universidad APEC
BIBLIOTECA



10

Composición, diagramación e impresión:
Editorial CENAPEC
Calle Bonaire No. 209, Ens. Alma Rosa
Teléfonos: 596-8385 • 596-0646
Santo Domingo, R. D.



Frank Moya Pons



10-F413